

recer con más humildad y cariño que de costumbre. Habiendo después manifestado á su director espiritual la tentación y el modo con que la había vencido, éste le preguntó quién se lo había enseñado, á lo cual respondió Antonio: "Nadie.", "Adelante, hijo mío,—le dijo entonces el confesor.—Dios es quien te guía; corresponde á su gracia.", Consejo importante que tuvo presente el Siervo de Dios, sin que jamás se borrara de su memoria (1)."

Por ventura parecerá extraño á muchas personas que en aquella edad fuese asaltado Antónito de tan raras tentaciones, y que tan contrarias parecen á la natural inclinación de cualquier católico, porque como hombres ningún objeto nos suele ser más caro que la madre que nos dió la vida y en cuyo regazo nuestro corazón se abrió al amor, y como católicos nada nos es tan dulce y simpático como el amor á la Reina de los cielos, cuyo nombre aprendimos á balbucir desde la cuna, y que intervino siempre como una amable sonrisa en nuestros sueños infantiles. Pero ello fué así, y no lo extrañará el que tenga alguna experiencia en la dirección de las almas; porque el demonio muchas veces, á las personas más virtuosas y timoratas suele asaltarlas con las más estafalarias tentaciones, no precisamente para hacerlas caer en ellas, lo cual rara vez acaece por lo mismo que son tan contrarias á la inclinación natural, sino para perturbarles la paz del alma, viendo las tales personas que por ellas pasan cosas tan feas y abominables, con lo cual frecuentemente logra impedirles adelantar en el camino de la perfección, y aun algunas veces el que vuelvan atrás del todo dejando los ejercicios espirituales. Por lo dicho puede entenderse que semejantes cosas más las padecen que las hacen, ó, mejor aún, no tanto son disposiciones de su propio natural cuanto efectos del enemigo que obra en ellas para espantarlas y atemorizarlas.

Pero dejemos ya al niño de Sallent que duerma tranquilo sobre esos dos laureles conseguidos en su infancia; en el siguiente capítulo le despertaremos para admirar en él un nuevo período de su vida mucho más peligroso que el que acaba de pasar.

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.



## CAPÍTULO II

### ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DEL SEÑOR CLARET (1820-1829)

1. Interrumpe los estudios. — 2. Claret modelo de obreros. — 3. Trasládase á Barcelona. — Porvenir lisonjero que allí se le ofrece. — 4. Su tibieza y buena conducta que observó aún en ella. — 5. Mudanza de vida, y causas que á ella contribuyeron. — La Virgen santísima le libra de las olas. — Prueba de su pureza. — Le estafa un compañero. — Comprende la vanidad de los bienes terrenos. — 6. Reanuda en Barcelona los estudios. — 7. Intenta entrar en la Cartuja.

1. Al entrar Antonio en el período de la adolescencia comenzó, como dijimos, el estudio del latín con ánimo de seguir la carrera eclesiástica, á que se sentía llamado. Estaba ya muy adelantado en el idioma del Lacio merced á la precocidad de su talento y á su grande aplicación, cuando la muerte le arrebató impensadamente á su virtuoso profesor, D. Juan Riera. Impedido el padre del muchacho de darle otro maestro y no juzgando conveniente enviarlo fuera de casa para que aprendiera algún arte más acomodado á su inclinación y talento, resolvió conservarlo junto á sí para que le ayudara en el desempeño de su oficio. Fué ésta, sin duda, una prueba muy sensible para el corazón del virtuoso joven, que ardiendo ya en aquella edad en el celo de la gloria del Señor anhelaba con todas sus fuerzas llegar á ser digno ministro suyo para ejercitarse en el ministerio de la salvación de las almas. Afligido interiormente más de lo que se puede imaginar, á nadie, no obstante, descubrió su pena si no es á Jesús sacramentado. De los hombres nada podía esperar, y hubieran sido inútiles las representaciones hechas á su padre, porque las facultades de éste no le permitían enviar á su hijo al Seminario ó á algún colegio, y el único resultado de ellas hubiera sido disgustarle sin provecho. Convencido de esto el pobre niño, buscó consuelo y remedio en aquel que todo lo puede, y cuya bondad es tanta que invita amorosamente á todos los afligidos á que acudan á Él con es-



tas tiernas palabras: "Venid á mí todos los que padecéis y estáis apesadumbrados, y yo os aliviare (1)."

Alentado Antonio con tan tierna invitación acudía á postarse á los pies del altar santo, y así los días festivos después de las funciones parroquiales, cuando el sol se había ya escondido bajo el horizonte, y la campana de la torre había dado la señal del toque de oraciones, y la iglesia estaba ya casi desierta, el tierno adolescente volvía á ella para conversar familiarmente con su Dios, su Amigo y su verdadero Padre, y allí, solito, se entretenía en amorosos coloquios con Jesús...; pero ¡con qué fe, con qué confianza, con qué amor!... Ofrecíase mil veces á su santo servicio, decíale que deseaba ser sacerdote para consagrarse día y noche al sagrado ministerio; y el sentimiento que le causó no poder continuar sus estudios para conseguirlo, bien claramente lo dió á entender en sus notas biográficas. "¡Dios mío!, —exclamaba— hablando humanamente, no tengo esperanza alguna; pero Vos, Señor, sois tan poderoso que, si queréis, todo os es posible (2)."

Dejábase entonces en sus divinas manos, esperando que Dios á su tiempo quitaría todos los obstáculos, como así acaeció, según después veremos.

2. Por de pronto, se resignó á seguir el ejemplo de Cristo cuando ayudaba á trabajar en el taller al glorioso San José; y como el niño de Nazareth estaba sujeto en las cosas de su oficio á aquel venerable anciano, así el niño de Sallent se sometió gustoso á su venerando padre en el empleo que le dió en su fábrica de hilados. Puesto bajo la dirección de un mozo más adelantado é instruido en el oficio, se le confió, juntamente con éste, el dar la última mano á los trabajos de los demás dependientes. Sin duda el Señor, en estos desgraciados tiempos en que hombres egoístas é impíos, después de haber oprimido al pobre obrero regateándole el mezquino salario ganado con el sudor de su rostro, intentan arrancar de su pecho la religión, único consuelo que le queda en medio de sus desgracias, y lanzarlo por los escabrosos senderos del socialismo para servir de pedestal al orgullo de malvados ambiciosos, quiso presentarnos al joven Claret como dechado de la clase obrera antes de levantarlo al sublime ministerio sacerdotal.

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

(2) Manuscritos del Siervo de Dios.

Fué en primer lugar muy admirable la prudente conducta que observó con sus dependientes. Como suele acaecer en semejantes ocasiones, éstos, unos por ignorancia, otros por descuido, presentaban á menudo las piezas mal tejidas. El compañero de Antonio, que no había, sin duda, recibido del cielo el don de ganar los corazones, los reprendía con enfado y aspereza. Herido el amor propio de los pobres obreros, turbábanse al oír tales reprensiones, y con la inquietud y turbación no atinaban en conocer particularmente los defectos que debían enmendar, y así por maravilla salía mejorada la siguiente pieza. Mas el joven Claret, favorecido de Dios con la especial gracia de la discreción y con suavísima dulzura de carácter, obraba de muy distinta manera; porque primeramente cogía el tejido, observaba lo que había en él de bueno, y luego lo alababa diciendo: "Esto está bien hecho." En seguida pasaba á los defectos, y los avisaba con mucha sal y gracia de este ú otro modo parecido: "Únicamente tiene este defecto, enmendado el cual, el trabajo de Ud. será una obra perfecta y acabada."

Con tan discreto modo de tratar á los obreros salían éstos muy contentos y animados á perfeccionar la obra, evitando los más ligeros defectillos.

Este prudente modo de portarse le era tan natural, que ni él mismo lo echaba de ver, aunque más tarde el Señor le mostró claramente que aquello era don y beneficio suyo, al cual correspondió el Siervo de Dios muy agradecido. Como era tan reflexivo y de todo tomaba pie para su discurso, por los buenos resultados que le dió semejante modo de obrar conoció la eficacia de la suavidad para ganar los corazones de los hombres é inducirlos á lo que de ellos se pretende, y los males que por lo común suele acarrear el tratarlos con tono grave y severo, según él lo vió en su infortunado compañero. Bien conocida es la sentencia de San Francisco de Sales. Solía decir este amable Doctor que más moscas se cazan con una gota de miel que con cien barriles de vinagre; dando á entender que á los hombres se les gana más para Dios con la dulzura que con la aspereza y autoridad.

Como se lee de San Bernardino de Sena y de otros santos, Antonio, con su extraordinaria modestia y con el brillo de su pureza, aunque era de baja estatura, á todos infundía respeto, y su presencia servía de freno á los jóvenes más disolutos de



su edad. Hallándose cierto día en una reunión de esta clase de jóvenes, contra su habitual costumbre, que era huir de tales juntas por el perverso lenguaje que en ellas suele usarse, díjole uno de los más avanzados en edad: "Apártate, Antonio, que queremos hablar de cosas maías." "Gracias por el aviso," — respondió el Siervo de Dios (1); y sin añadir palabra fué al instante con firme resolución de no juntarse más con ellos, pues sabía muy bien que los vicios de los malos compañeros son mal contagioso que tarde ó temprano se pega á los buenos.

3. Viendo los padres de Antonio su gran capacidad para la fabricación, luego que cesó la guerra civil determinaron enviarle á Barcelona, centro de la industria catalana y aun de la española, para que se perfeccionase en este ramo teniendo á la vista las máquinas y los modelos traídos de países extranjeros, y terminase los estudios de su arte en la misma capital del Principado. Y, en efecto, comenzado ya el año 1825, y cuando había ya entrado en el décimoséptimo de su edad, partió para establecerse en la ciudad de los Condes acompañado de su hermano Juan. La aptitud excepcional que tenía el virtuoso joven para el arte de la fabricación, la inclinación natural que á ella sentía y el deseo de contentar á su padre, hicieronle dejar gustoso su lugar natal, aunque tenía en él lazos bastante fuertes que le atraían.

Malamente parecía encaminar la divina Providencia los sucesos para que al joven Claret se le abriese la puerta del santuario, lo cual con tantas veras había deseado y deseaba aún, aunque más remisamente, en vista de las dificultades que se le ofrecían para poder realizarlo. Barcelona en aquel tiempo, aunque no tan corrompida como al presente, ocultaba en su seno escollos peligrosísimos á la virtud, no sólo en materia de costumbres, lo cual ha sido más ó menos común en todos tiempos en las grandes capitales, sino también en lo tocante á las ideas religiosas á causa de los errores liberales que allí habían importado los franceses é ingleses por medio de sus relaciones comerciales y con la guerra de la Independencia, en la que los primeros, aunque enemigos, hallaron en nuestra patria algunos secuaces de sus ideas revolucionarias, aun en-

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

tre los que no pasaban por afrancesados, y los segundos, so pretexto de favorecer la reconquista de nuestra patria, iban sembrando ladinamente sus errores y formando bajo mano algunas logias.

Estos peligros eran mucho mayores entre la clase obrera, así porque era la más necesitada y la menos instruída en religión, como por las funestas artimañas con que políticos ambiciosos halagaban las pasiones de ellos con torcidas intenciones. Así por todos lados parecía que al joven Claret se le cerraba la entrada al sacerdocio y se le abrían las puertas del mundo moderno, poniendo ante sus ojos las maravillosas máquinas inventadas para desarrollar la industria. Pero aunque á los ojos de los hombres era éste un camino muy tortuoso para llegar á los fines á que le tenía destinado la divina Providencia, no era así á los de Dios, cuya sabiduría infinita dispone las cosas casi siempre por modo oculto é inextricable al entendimiento humano, para lo cual suele combinar infinidad de causas que á nuestros cortos alcances parecen obrar al acaso, por más que en realidad obedecen á las trazas y diseños del Señor. Sigamos, pues, tranquilos al joven expedicionario, y veamos de qué modo le sacó Dios de todos los peligros en la ciudad condal.

Establecido en una fábrica de la capital, se aplicó con ardor al trabajo; y tanta prisa se daba en él, que en el tiempo que los otros de su misma edad y condición hacían una pieza, él hacía pieza y media; con lo cual ganaba el vestido y alimento y lo necesario para la compra de libros sin ser gravoso á sus padres. Mas atendiendo al fin principal para que éstos le habían enviado á Barcelona, cuidaba á la vez de cultivar el entendimiento instruyéndose en las cosas tocantes á su oficio, para lo cual emprendió el estudio del dibujo, matriculándose en las clases que en la *Lonja* sostenía la Junta de Comercio, y se aventajó tanto en él que en los exámenes públicos mereció los primeros premios. También se dedicó al estudio de la lengua francesa, la que llegó á hablar con bastante regularidad y soltura. Pocos jóvenes se habrán visto que supieran como él aprovechar el tiempo; porque, aun estando en la posada, después de haber tomado con templanza la comida del medio día se retiraba á su cuarto para dedicarse á la oración y al estudio.

"Dotado Antonio de grande aptitud para la fabricación,



amante de la instrucción y del trabajo, lleno de salud y robustez, trabajando en una casa donde anualmente se proveían de muestras de los géneros fabricados en Londres y París, no es maravilla fuesen superiores sus progresos en el arte que ejercía. Bastábale analizar cualquiera de las muestras de tela para entender luego el modo de arreglar el telar con el conveniente aparato á fin de que diese un resultado igual al del género extranjero, y si el dueño quería, lo sacaba aún mejor. Algo le costaba á los principios; pero aplicándose á ello día y noche y todos los días, incluso los festivos, en las cosas que están en ellos permitidas, como son el estudio, la escritura y el dibujo, salía al fin con su intento y aprovechaba no poco á los demás obreros, los cuales, al ver su grande habilidad y el orden y finura con que trabajaba, acudían á él para el arreglo de sus telares y aparatos, y era muy admirable el cariño con que nuestro joven los trataba, contándoles algún hecho curioso é interesante que les sirviera á la vez de edificación (1). „

Cuando acertaba á descomponer la muestra y á volverla á componer, sentía un gozo indecible, é iba de una á otra parte de la casa loco de contento (2). Esto último lo aprendió por sí mismo sin necesidad de maestro, puesto que el mayordomo bajo cuya inmediata dirección se hallaba no le igualaba, ni con mucho, en habilidad y destreza.

Preguntó un día nuestro joven á su capataz cómo había de hacerse una muestra que traía en las manos. El mayordomo sacó un lápiz, y le marcó con él el modo de componer el telar. Parecióle á Antonio que el buen hombre se equivocaba, mas calló por entonces, y llevándose la muestra y el diseño, á los pocos días le presentó un dibujo diferente del trazado por el mayordomo, conforme al cual se podía construir el aparato propio para tejer aquella muestra. Vistos por éste y oídas las explicaciones de Antonio, se admiró en gran manera; cobróle desde luego grande afecto, y quiso tenerle en adelante por su fiel y constante compañero. Mucho aprovechó á nuestro joven el trato con el mayordomo, porque era este señor un hombre muy piadoso é instruído en lo tocante á la Religión y modelo de un buen padre de familias (3). En casa de él pasaba Antonio

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.  
 (2) Manuscritos del Siervo de Dios.  
 (3) Manuscritos del Siervo de Dios.

todos los días festivos, con lo cual evitó las malas compañías que á tantos jóvenes corrompen.

No tardó el joven Claret en ser colocado en el mismo cargo de mayordomo ó capataz de cuadra, tanto por su ingenio é instrucción, como por su ejemplarísima conducta. Estando ya en este puesto más elevado y corriendo por Barcelona la fama de sus habilidades, algunos fabricantes llamaron al padre de Antonio y le propusieron hacer compañía y poner una fábrica á su cargo. Como esta idea favorecía muchísimo el desarrollo de la fábrica que éste tenía en Sallent, le halagó sobremanera y la comunicó á su hijo, haciéndole ver las ventajas que de tal convenio resultarían á la familia y las ganancias que harían en este negocio. Pero ¡cuán maravillosa fué aquí la providencia del Señor! Era casi seguro que si nuestro joven hubiera aceptado semejante proposición, engolfado en los negocios del mundo, nunca más hubiera emprendido la carrera eclesiástica, ni realizado las grandes obras que para gloria de Dios llevó á cabo. Aunque era tan aficionado á la fabricación, en la que tantos adelantos había hecho, y no se le podía proponer cosa que fuese más conforme á su inclinación y gusto, no acabó de resolverse á aceptar y seguir los intentos de su padre porque el Señor, sin saber cómo, le iluminó con celestial luz que le hizo ver cierta cosa indecorosa en fijarse en el negocio y exponer los intereses de su padre. Aunque no se atrevió á darle una negativa absoluta por no disgustarle, le dijo que lo aplazara para otra ocasión, pues le parecía que aún no era aquél tiempo oportuno, así porque él era muy joven, como porque, siendo de pequeña estatura, no se le sujetarían los obreros. Y como su padre replicase que esto no hacía al caso, puesto que se pondría otro al frente de ellos, conservando él tan sólo la parte directiva, no pudo acabar de convencerle, y por toda respuesta á sus razones, Antonio se despidió diciendo que lo pensaría más despacio y que por entonces no se sentía inclinado á ello. Esta fué la primera vez que se opuso á las trazas de su padre, y no fué ciertamente sin especial inspiración de Dios, que, como él después decía, le quería sacerdote y no fabricante (1).

“ Testimonio de su gran delicadeza de conciencia, — dice el

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.



autor de las piadosas Memorias, — fué un hecho que nos refirió el P. Pablo Coma, celoso sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri en Barcelona. Viendo un día el Sr. Claret la mucha gente que frecuentaba la iglesia de aquellos Padres, y el largo tiempo que empleaban en los ejercicios de piedad y el recogimiento con que en ellos estaban, como hoy día todavía se observa, asaltóle el temor de que él acaso no cumplía con el precepto de santificar las fiestas contentándose con una sola Misa. Entró, pues, en la sacristía, y encontrándose con un célebre lego, llamado el Hermano March, le preguntó por algún Padre con quien quería consultar un caso de conciencia. Pasaba entonces casualmente por allí el P. Amigó, y dijo el Hermano al joven desconocido: "Ahí tiene Ud. uno." Retiróse éste con el Padre, y comenzó á explicarse de este modo: "Reverendo Padre, soy un joven que en los días de trabajo estoy ocupadísimo, y los festivos, para aprovecharme más, después de oír la santa Misa, los paso dibujando y resolviendo problemas. ¿Cree usted que cumplo?— Sí, hijo mío, — respondió el P. Amigó. — Atendido todo, usted cumple y emplea bien el tiempo (1)."

Brillante porvenir esperaba al industrioso joven Claret á la edad de quince á dieciséis años. Querido de su padre, que ponía en él todas las esperanzas de la familia; amado y respetado de los dependientes de la fábrica por el cariño con que los trataba y por la caridad con que los ayudaba en sus tareas; estimado del dueño de ella; solicitado á causa de su habilidad y talento por muchos fabricantes para hacer compañía con ellos, y dotado de la singular cualidad de ganarse los corazones de cuantos trataba, podía fundadamente aspirar á una posición más que modesta en la industriosa ciudad de los Condes; pero no le deslumbraron los bienes terrenos. Si trabajaba con tanta actividad y diligencia, era más por contentar á su padre y aliviarle la pesada carga de su familia que por la esperanza del lucro. La idea que más hondamente tenía grabada en su corazón era la de agradar á Dios y servirle en el santo sacerdocio, aunque, como vamos á ver, estuvo en él como dormida en algunas semanas á causa de la muchedumbre de sus ocupaciones.

4. No reprueba Dios una moderada y prudente diligencia

(1) Relación del P. Pablo Coma

en lo necesario á la vida y al buen desempeño de nuestros propios deberes. Bien sabidos son los singulares elogios que del negociante activo, del criado vigilante y del cuidadoso padre de familias hace el mismo Jesucristo. Lo que condena únicamente es el extremado afán en proveernos de estas cosas, como si no hubiésemos de contar con su divina Providencia. "No os acongojéis, — dice, — por el cuidado de hallar qué comer ó vestidos con que cubrir vuestro cuerpo (1). " Porque semejantes congojas hacen al espíritu pesado é inepto para atender al bien del alma. "Mirad por vosotros, — dice el Señor, — no sea que se carguen vuestros corazones con la glotonería y la embriaguez y con los afanes de esta vida (2). " No cayó Antonio ciertamente en los excesos de comer y beber, mas sí en los desmedidos deseos de ser un hombre consumado en su arte: por donde le entró la distracción en las cosas espirituales y la frialdad en los ejercicios piadosos. Era buen cristiano, pero ya no se levantaba como águila con rápido vuelo á lo alto de la perfección con aquellos actos de amor de Dios con que antes solía. Pero ningún testigo mejor que él puede decirnos lo que pasó por sus adentros. "Cumplióse en mí en aquel tiempo, — escribe, — lo que dice el Evangelio, á saber: que las espinas habían sofocado el buen trigo. El continuo pensamiento de máquinas y telares, de composiciones y descomposiciones, me tenían tan absorto que no acertaba á pensar en otra cosa. ¡Oh Dios mío! ¡Qué paciencia tan grande tuvisteis Vos conmigo! ¡Oh Virgen santísima, aun de Vos á veces me olvidaba! Así, pues, durante los tres primeros años que estuve en Barcelona perdí poquito á poco mi fervor. Verdad es que recibía los sacramentos de Penitencia y Eucaristía algunas veces entre año; que oía Misa todos los días de precepto; que rezaba cada día el santo Rosario y otras oraciones, pero no eran tantas ni tan fervorosas como aquellas de Sallent. Todo mi objeto y mi afán era la fabricación: por más que lo diga, no lo encareceré bastante: mi afición á ella era un delirio (3). "

A esto se reducían sus faltas, y ésta fué la única causa de haber dejado ciertas devociones y de no hacer las otras con

(1) Matth., VI, 15.

(2) Luc., XXI, 34.

(3) Manuscritos del Siervo de Dios.



la atención y fervor acostumbrados; en todo lo demás su conducta fué irreprochable, y ni aun sabríamos que en aquel brevísimo espacio de tiempo hubiese aflojado algo en sus ejercicios devotos si él no lo hubiese consignado en sus escritos. En efecto, aun cuando, según él, estaba más dominado de la tibieza, no se le vió entrar en casinos ni en cafés, escollo de la juventud moderna, ni en ninguna de las casas adonde solían concurrir los jóvenes de su clase, atraídos del afán de divertirse y de solazarse en el juego. Aunque no era amante de la singularidad y de llamar la atención en ninguna cosa, por lo cual en su porte exterior se acomodaba á sus compañeros en todo lo que buenamente podía, en tratándose de diversiones que le robaran el tiempo, que él aprovechaba escrupulosamente para adelantar en el arte de la fabricación, no había medio cómo hacerle condescender á lo que sus compañeros pretendían. Acaeció una vez que sus amigos le invitaron con mucho empeño á tomar parte en una merienda. Antonio, por no disgustarles con una franca negativa, dejó la respuesta en el aire y no dijo ni que sí ni que no. Ya aquéllos con esto se gloriaban entre sí de haber salido al fin con su pretensión; pero llegado el día prefijado, *estuvo ocupado* y excusó la asistencia. Finalmente, tan ejemplar debió ser la conducta del Sr. Claret aun en tiempo de su tibieza, mayormente si se la compara con la de sus compañeros, que ya entonces, según testigos fidedignos, llamábanle éstos el *Santo*.

5. Con todo, él no estaba satisfecho de sí mismo viéndose con tanta frialdad y con tantas distracciones en los actos piadosos, por lo que hizo lo posible para estar más atento con el auxilio de la gracia, y no fué en vano, porque Dios premió sus esfuerzos iluminándole el entendimiento y moviéndole el corazón para desprenderle totalmente de lo que ocasionaba su tibieza y retardaba los designios del Señor. Para esto se valió su amorosa Providencia de algunos desengaños que acabaron de hacerle ver la vanidad de las cosas terrenas, y de algunos graves peligros en que se vió su alma, y que le hicieron volver en su acuerdo para llegarse más á Dios y estar muy lejos de ofenderle.

El primer lance en que estuvo á punto de perder la vida, y que empezó á abrirle los ojos, lo refiere él mismo de este modo: "Trabajando mucho en los veranos se me resentía la

salud, llegando á perder del todo el apetito; y como hallaba cierto alivio con lavarme los pies en el agua del mar y beber de ella algunos sorbos, fuí un día con este objeto á la *mar vieja*, detrás de la *Barceloneta*. En el acto de lavarme los pies levantóse de repente un temporal, y he aquí que una oleada, y tras de aquella otra, me cubrieron de improviso y se me llevaron muy dentro del mar, causándome admiración el ver que flotaba yo sobre las aguas. Como no sabía nadar, estaba á punto de ahogarme; entonces me ocurrió la idea de invocar á María Santísima; hícelo del mejor modo que supe, y sin saber cómo me hallé al instante en la playa, sin haber entrado una sola gota de agua en mi boca. Mientras permanecí envuelto en las olas, estuve con la mayor serenidad; pero viéndome después en la orilla, me asusté al pensar en el peligro inminente de la muerte, de que la Virgen Santísima me había libertado (1)."

El pensamiento de la muerte, á que tan expuesto había estado, luego que libre del peligro por un milagro de la Virgen pudo con sosiego desde la ribera entregarse á la consideración de lo que acababa de pasarle, le hirió vivamente, y extendiendo la vista sobre las encrespadas olas que le habían envuelto, echó de ver la gravedad de aquel lance y comenzó á pensar seriamente qué habría sido de él si la muerte le hubiera sorprendido en aquel estado, para el cual creía él no hallarse bien dispuesto. No sabía cómo agradecer á la Madre de Dios el singular beneficio que le acababa de dispensar librándole de una muerte segura, y después de darle en su corazón las más afectuosas gracias corrió á casa con la admiración y el contento que no es posible describir, pero que fácilmente se adivina. Según cuentan los que en aquella ocasión le acompañaron, luego que le perdieron de vista entre las olas, aterrORIZADOS y llenos de consternación se volvieron á la casa de huéspedes en que vivían; pero ¡cuál no fué su asombro cuando, casi al mismo tiempo que ellos, vieron llegar al que creían ya ahogado, sin que ni en la ropa ni en el cuerpo se le conociera señal alguna de la pasada desgracia! Ellos lo tuvieron por cosa milagrosa, y en verdad, atendidas todas las circunstancias del hecho, no parece que pueda explicarse naturalmente.

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.